



Sentados, de izquierda a derecha: Gral Emiliano Chamorro, Dr. Gerónimo Ramírez Brown, Dr. Ernesto Solórzano Thompson, Don Adolfo Díaz, Dr. Fernando Sacasa. De pies: Dr. Enrique Navas Arana, Dr. Raúl Lacayo Montealegre, huéspedes de Don Adolfo en el Restaurante Madrillon, en Washington.



Don Adolfo y su sobrina Daisy Solórzano de Pereira.



Don Adolfo y su sobri Dr. Ernesto Solórzano T

Recuerdo de Don Adolfo Díaz

En New York, en Washington, en San José de Costa Rica, lugares donde su peregrinación de exilado lo llevó a vivir, la mesa de Don Adolfo siempre estuvo de manteles largos para sus compatriotas, sin distingos de colores políticos, en "Fornos", en "El Diván Parisián", en el "Rough Riders" del Hotel Roosevelt, en el "Peacock Alley" del Waldorf Astoria, en el "Blue Room" del Mayflower, en el "Madrillon" del Washington Building, en el Country Club y en el Club Unión de San José de Costa Rica.

A su hospitalaria mesa se sentaban, en ameno convivio, liberales y conservadores, y todos lo hacían "arriba de la sal", pues aquel señor no acostumbraba, como los señores de la Edad Media, sentar a aquellos que consideraban de menor rango de nobleza "abajo de la sal".

En una ocasión el General José María Moncada, a quien Don Adolfo Díaz salvó la vida al inicio de la Guerra de Mena en 1912 escribió: "... Si caballeros hay en este mundo, uno de ellos es, Adolfo Díaz".

Cuenta Don Victorino Argüello que el Presidente Díaz le mandó a ofrecer el cargo de Administrador de Correos cuando llegó a Nicaragua a ultimar los detalles de su matrimonio con Doña Rosita Solórzano, después de haber servido a Nicaragua como Encargado de Negocios en El Salvador, ante el Gobierno del Doctor Manuel E. Araujo, hasta principios de 1913.

Don Victorino, por medio del portador del ofrecimiento, General Antonio Reyes, puso la condición de que no se le pidiera que violara la correspondencia. Muy grabada en su mente tenía Don Victorino la anécdota de aquel que había escrito a su familia advirtiéndole tuviesen cuidado al contestar porque en la Administración de Correos de Nicaragua, la correspondencia se abría y que ese precabido sujeto, a los pocos días, había recibido, asombrado, una carta del propio Administrador de Correos en que le decía:

"Es completamente falso de que aquí se vio le la correspondencia".

En cambio, la respuesta que recibió Don Victorino de parte del Presidente Díaz, fue lo siguiente: "Dile a Victorino que yo me cor-tento conque a mí no me abra las cartas".

No entré con pie derecho, sin embargo en mis nuevas funciones. Al llegar a la Númer Uno, entonces Casa Presidencial, a re-dirle las gracias al Presidente por mi reciente nombramiento, encontré la primera queja de mi oficina: El Doctor Máximo H. Zepeda había escrito al Doctor Alfonso Ayón ofreciéndole en nombre del Presidente, el Ministerio de Gobernación, pero como después de varios días no se había recibido su respuesta habían tenido que preguntarle por teléfono por qué no contestaba y la respuesta del I Ayón fue que no había recibido carta alguna. "¡Ajilimolis!" comentó el Doctor Benjamín Cuadra, Secretario Privado, entre las risas y burlas de todos los concurrentes.

Cuenta el Dr. Horacio Argüello Bolaños, Secretario Privado en la administración del Presidente Díaz:

"El atentado contra la vida del Presidente merece relatarse de la manera como sucedió. Se encontraba él de visita en casa del Dr. Laureano Zelaya, contigua a la que después este recordado profesional construyó donde actualmente se halla la Editorial Alemana. La calle 15 de septiembre y la Avenida del Campo de Marte eran polvorientas y llenas de hoyos. El coche en que viajaba el Presidente lo guiaba un antiguo conocido suyo, llamado Gregorio Solórzano.

Conducta muy singular en don Adolfo era que ese auriga, el chauffeur de Casa Presidencial, Ramón Briones, y la doméstica de nombre Cristina, que le llevaba los alimentos de su casa particular al Campo de Marte, eran todos de filiación liberal, lo mismo que su barbero, un excelente sujeto, llamado Ramón Estrada.

El día del suceso fueron informados los conspiradores que el revólver que usaba el Presidente en el bolsillo trasero derecho del pantalón estaba en su mesa de noche, en su casa particular, seguramente por haberlo olvidado. El cocherero, Gregorio Solórzano, al tomar como pasajero al Presidente en tempranas horas de la noche para conducirlo al Campo de Marte después de su visita, en vez de dar vuelta, como era natural a su derecha, esto es, al lado del Colegio de la Inmaculada, se dirigió hacia el lado izquierdo de la calle y detuvo el coche a la orilla de la acera de la casa donde está hoy instalada la Librería Americana, edificio que tiene exactamente hoy los mismos salientes de aquella época, en uno de los cuales se ocultaban dos individuos que con machetes atacaron al Presidente. Mas como ambos operaron desde la acera y del mismo lado, le dieron oportunidad de que él se lanzara a la Avenida y en vertiginosa carrera llegara hasta el local del Banco Nacional de Nicaragua, que es el mismo lugar en donde hoy está situado el moderno edificio que se construyó años después. Allí se dio a conocer como Presidente de la República al custodio militar de turno y le ordenó le acompañara hasta su residencia presidencial.

Hay que explicar que don Adolfo era un hombre que muy rara vez caminaba a pie, para así apreciar la difícil situación en que se encontró al correr sobre una calle con tantos huecos y depresiones.

Uno de los asesinos tuvo tiempo de alcanzar con su arma el contrafuerte del zapato izquierdo, al lanzarse don Adolfo, precipitadamente, del coche. Fue una casualidad que no le acertara un poco más arriba, pues de haberle dado en el tendón del pie, le habría dejado imposibilitado de huir, como Aquiles, y a merced de los prodiarios planes preparados.

Cuando en su fuga vertiginosa el Presidente pasaba por donde está ahora el INVI, oyó los lastimeros gritos del cocherero, pues los asaltantes pensaron que si lo dejaban con vida, —estando comprometido en el atentado—, les denunciaría a su patrón y descubrirían a todos los que tenían directa o indirecta participación.

El estado en que quedó Gregorio Solórzano fue verdaderamente lamentable: uno de los machetazos le bajaba desde la frente hasta las ventanas de la nariz, y otros, en distintas partes del cuerpo, y los de los antebrazos fueron tremendos. Indudablemente estos últimos se los dieron cuando quizás trató de guiar los caballos para escapar también. Solórzano fue llevado al Hospital General y después de ser confesado y recibir los Santos Óleos, fue entrevistado separadamente por dos altos funcionarios del Gobierno. Al conocer el Presidente Díaz, de viva voz de los interlocutores del cocherero, quiénes eran los promotores del siniestro atentado y los nombres de los principales personajes del liberalismo comprometidos en él con la nobleza que le caracterizaba y en franca decisión de alta política, puso término a la investigación que se había iniciado en Casa Presidencial por medio de la Secretaría de la Comandancia General.

En las primeras horas de la noche de ese día, en la Pensión de las Señoritas Montes de Oca, en una antigua casa situada en donde hoy está el Banco de Londres y Montreal Lido., se conocía indirectamente lo que iba a suceder, pues uno de los asiduos parroquianos manifestó que dentro de poco habría cambio de Gobierno.

Los nombres de los personajes liberales complotistas y lo demás de este suceso, ha quedado sin revelarse públicamente hasta la fecha, porque así lo dispuso el Presidente, Don Adolfo Díaz.

Toma de posesión en 1928. Don Adolfo Díaz, Monseñor Lezcano y Ortega, Don Ricardo López Callejas.

